

El enfermo sanado

Juan 5:1-15

André GIBERT

biblicom.org

Índice

1 - La diferencia entre una religión de obras y una fe que salva	3
1.1 - La impotencia del hombre	3
1.2 - El poder de Dios y de su Palabra	4
1.3 - La obediencia de la fe	5
2 - Los efectos de la Palabra de Dios / de Jesús	5
3 - La Palabra de Dios es eficaz	6
4 - No peques más	6
5 - El redimido no puede andar a su antojo	7

1 - La diferencia entre una religión de obras y una fe que salva

La curación del tullido en el embalse de Betesda ilustra un aspecto notable del poder divino que actúa en gracia.

Dios es el mismo en todos los tiempos. El poder que agitaba el agua por medio de un ángel en determinadas épocas y la hacía apta para la curación era exactamente el mismo poder que operaba a través de las palabras de Jesús. Fue también, en ambos casos, la misma bondad la que se ocupaba de los desdichados para sanarlos. Y era la misma verdad la que iluminaba su condición, sin ocultar nada de ella, hasta el punto de revelar la total incapacidad del pobre lisiado. En todas las épocas, la fe ha sido capaz de discernir la soberanía de Dios actuando en gracia. Lo hacía, en particular, a través de las sombras del sistema judío, en los días de antaño. Otra cosa es cómo responder a esa gracia y aprovecharla, y ahí radica la debilidad moral de todo hombre, judío o no.

Hasta que vino Jesús, la condición del tullido era desesperante, imagen de nuestra incapacidad para apropiarnos de cualquier medio de curación que requiriera de nosotros alguna fuerza. Viene Jesús. A partir de ahí, queda claro el contraste entre un proceso de salvación que requiere que el hombre haga algo y la liberación que es totalmente gratuita, entre una religión de obras y la fe que salva, entre la ley y el Evangelio. Lo que cambia absolutamente, es *el momento en el que el hombre está llamado a hacer algo*.

1.1 - La impotencia del hombre

Consideremos al tullido de Betesda. Tenía asegurada la curación si conseguía llegar a tiempo en el agua después que esta había sido agitada. Del mismo modo, la ley, la ley escrita de Moisés, así como la ley natural, a la que está vinculada el testimonio de la conciencia (Rom. 2:12-14), es adecuada para asegurar la vida eterna «a los que perseverando en hacer el bien buscan la gloria, honra e incorruptibilidad» (v. 7). Dios no puede mentir y es justo.

Ahora habían pasado treinta y ocho años –el mismo tiempo de la prueba de Israel en el desierto (Deut. 2:14)– sin que el enfermo hubiera podido llegar a tiempo. Tenía que dar los pocos pasos necesarios para meterse en el agua, o arrastrarse hasta ella.

Y eran estos pocos movimientos los que no podía hacer, precisamente porque estaba lisiado. Podía hablar, llamar, rogar, lamentarse, era inútil. Los demás, preocupados por ellos mismos, no se preocupaban por él. Es lo mismo cuando se trata de alcanzar la vida eterna: para hacer buenas obras, cada uno se esfuerza, y cada uno por sí mismo; hay que ser más santo que los demás, superarlos, en todo caso presentar méritos personales a Dios; la práctica religiosa es una emulación incesante. Ay, todo es vano, todos están derrotados de antemano en esta carrera por la santidad, pues todos están enfermos.

La insuficiencia no está en absoluto del lado de los medios divinos. Sin duda, el agua solo se agitaba de vez en cuando. La gracia en los días de antaño solo se manifestaba de forma incompleta, pero era tan real como hoy. Los profetas buscaban el tiempo o la clase de tiempo al que indicaba el Espíritu dentro de ellos, pero era el Espíritu de Cristo (1 Pe. 1:11). El agua de Betesda, agitada, tenía todo el poder de curar «de cualquier enfermedad» que se sufriera. Pero había que lanzarse de inmediato, y el tullido encontraba siempre la terrible realidad de su condición: habría sido necesario estar curado para poder moverse, y se le exigía que se moviera para poder curarse.

1.2 - El poder de Dios y de su Palabra

Pero ahora el poder de curación se desplaza. Ya no está en el agua salvadora, pero inaccesible, está en la palabra de Jesús. La gracia y la verdad ya no se esconden detrás de lo que era solo una figura temporal e intermitente, se manifiestan en Aquel que vino a traerlas. Vienen a través de él (Juan 1:17), están ahí en él, con él. Ya no se trata de caminar *antes* de ser curado, sino de ser curado primero, para poder caminar *después*. Al que no tiene fuerza no se le exige ni un solo paso. Jesús se acerca, porque él es la gracia. Cuestiona, porque él es la verdad: «¿Quieres ser sano?» Para el pecador esto significa: “¿Tienes el sentimiento de tu condición, habla tu conciencia, sientes la necesidad de ser salvado?” Ningún reproche, solo la luz que acompaña a la compasión. Por eso el enfermo no responde con un simple sí, sino con una admisión desesperada de su propia impotencia. «No tengo», dice, «quien me meta en el estanque», «Así, mientras yo voy, otro baja antes que yo». No puede hacer nada, y no tiene parientes ni amigos que puedan hacer algo por él. Así, el pecador despierto descubre a la vez que no tiene fuerzas y que el mundo es egoísta e impotente ante la angustia moral. «No tengo» a nadie. ¡Cuántos corazones pueden hacerse eco de esta triste confesión!

1.3 - La obediencia de la fe

Entonces Jesús dirige un requerimiento al hombre. Porque es un mandato que Él le da, y un mandato verdaderamente inaudito, comparado con los de la ley. «Levántate, recoge tu camilla y anda». La ley prescribía al hombre cosas que podía haber creído posibles, al igual que el tullido podría haber esperado durante treinta y ocho años arrastrarse pronto hasta las aguas agitadas. Pero levantarse, tomar su camilla, andar, ¡imposible! Bueno, precisamente, para obedecer una orden imposible se necesita fe. ¿Levantarme? ¿Tengo la fuerza? No se trata de saber si tienes la fuerza, sino de creer y obedecer, porque la oportunidad es única. El poder está en la palabra de Jesús. El milagro se produce al oír esta palabra, a la que se entrega el desdichado, y que lo cura.

El enfermo, notablemente, no sabía quién era el que lo sanaba. Luego se entera, y puede ver la rabia que despierta este milagro en aquellos líderes religiosos que lo habían dejado lisiado durante tantos años sin poder hacer nada por él. La salvación no es una cuestión de conocimiento previo, ni de aprobación del mundo. La salvación es creer a Jesús que habla.

2 - Los efectos de la Palabra de Dios / de Jesús

Pero, ¿puede haber algo más importante que oír hablar a Jesús? ¿Qué es esta palabra sino la expresión de la voluntad de Dios? Así los mundos fueron formados por la palabra de Dios, y esta tiene siempre y en todas partes el mismo poder. La Palabra, sin la cual «nada de lo creado fue hecho», estaba allí, hecha carne. Dios, «al final de estos días nos ha hablado por el Hijo», y las palabras que pronunció Jesús fueron «espíritu y vida» (Juan 6:63). En su disputa con los judíos tras este milagro en Betesda, Jesús identifica sus obras con la actividad misma de su Padre (5:17-18), y puede decir: «De mí mismo no puedo hacer nada... porque no procuro mi propia voluntad, sino la del que me envió» (5:30). Esta voluntad encuentra su expresión en su Palabra. Dios habla en el Hijo y Jesús es absolutamente lo que dice (8:25), en todas las ocasiones, en todas sus palabras. La curación del enfermo, por su palabra, es un acto de esta obra del Padre y del Hijo. Una actividad maravillosa. La misma palabra da vida eterna a los que la oyen y creen en el que envió a Jesús (5:24), hace vivir a los muertos que la oyen (5:25), y un día hará salir a todos los que están en los sepulcros (v. 28). «Tú tienes las palabras de vida eterna» (6:68), dirá Pedro, y Jesús

declarará a sus discípulos: «Estáis limpios por medio de la palabra que os he dicho» (15:3).

3 - La Palabra de Dios es eficaz

No podemos detenernos lo suficiente para escuchar esta *Palabra que obra*. Ella es viva y eficaz, no importa la forma que adopte. No se trata solo que ella enseñe, por muy importante que sea. Ella obra. No se recibe por una aquiescencia de la mente, sino por la obediencia de la fe. «Levántate, toma tu camilla y anda». El hombre se levantó y «tomando su camilla, echó a andar». La palabra de curación, lo hemos notado, es aquí una orden dada al que Jesús viene a curar [1]. Poderosa para liberar, tiene toda la autoridad sobre el que libera: «Recoge... anda». ¡Así es como vas a usar esta nueva fuerza que te doy! El hombre no razona, como los judíos incrédulos, diciendo: Es el día de reposo, ningún hombre hará ningún trabajo, ni siquiera llevar una camita en ese día. Ese día se escuchó la Palabra. Ella cura ese día. Ella ordena ese día. «Aquel que me sanó, él mismo me dijo: Recoge tu camilla y anda».

[1] En otro lugar, Jesús ordena a los demonios que salgan de sus víctimas. Tiene «toda la autoridad».

4 - No peques más

Pero hay más. Jesús lo encuentra en el templo y le vuelve a hablar. Se da a conocer a este pobre ignorante. La misma voz que le curó le habla. ¿No sigue teniendo esta palabra el mismo poder y autoridad? «Estás sano; no peques más, no sea que te suceda otra cosa peor». Sin duda, entendemos, todo estaba todavía bajo el gobierno visible de Dios en medio de su pueblo, la bendición material dependía de la obediencia, y por otra parte se trata aquí de la vida presente y de una liberación corporal pasajera. Sin embargo, este «no peques más» ordenado por Aquel que acababa de curar sin reproche, ¿no debería haber resonado en los oídos del enfermo curado con un sonido muy diferente al de los doctores de la ley? La ley seguía siendo la ley dada por Moisés, pero la gracia y la verdad habían llegado a través de Jesucristo. No se nos dice nada más sobre este hombre, pero ¿no nos gusta pensar que toda su vida

cambió, y que no pudo olvidar la voz que le había dicho: «Levántate» y luego: «No peques más»? No necesitaba nada más. No había sido curado de las consecuencias más dolorosas del pecado para vivir después según los deseos del pecado, sino como alguien que había sido curado, y lo recordaba.

5 - El redimido no puede andar a su antojo

¿Qué debe ser de nosotros, queridos redimidos de Cristo? ¿Aceptaríamos la excusa de que el gobierno de Dios ya no se ejerce de la misma manera que en Israel, y nos dejaríamos apartar de la voz que dice: «No peques más...»? ¿Pecaríamos impunemente porque ya no estamos bajo la ley sino bajo la gracia? «De ninguna manera» (Rom. 6:15), dice el apóstol. Por el contrario, nuestra responsabilidad es mayor, en proporción a las enseñanzas que hemos recibido. Los que tienen el Espíritu de Dios y que, como hijos de Dios, son guiados por ese Espíritu (Rom. 8:14), no pueden tener la libertad de seguir la carne. Han sido liberados no para hacer lo que manda, sino para obedecer la Palabra. «No sea que te suceda otra cosa peor», dijo Jesús al paralítico curado. ¿Diríamos a la ligera que esto «peor» no puede ocurrirnos? La condición de quien, habiendo profesado seguir a Cristo, lo niega, es peor que su condición anterior.

La Epístola a los Hebreos lo establece con fuerza con respecto a los apóstatas (cap. 6; 10:26-29), es decir, personas que, aunque habían recibido el conocimiento de la verdad, no habían sido regeneradas, y se apartaron voluntariamente. Tales pasajes no pueden molestar a nadie que ponga su confianza en Jesús, pero ¿se puede hablar de confianza, y de seguridad de la propia salvación, cuando se juega con el pecado, se presta a ser enredado por él, y se usa «la libertad para dar oportunidad a la carne»? (Gál. 5:13). La conciencia se embota, el mal no es tratado como debería, y las cosas divinas pierden su sabor para el alma.

Si Dios nos deja solos, ¿hasta dónde llegaremos? La purificación de los pecados de antaño está olvidada, la esperanza parece muerta. Dios no permita que estas líneas alteren la seguridad de un verdadero hijo de Dios, si esa seguridad descansa en Cristo. Siempre seguirá siendo cierto que Jesús dijo: «Nadie los arrebatará de mi mano» (Juan 10:28), y el destino eterno de todos los que han llegado a la vida no está en cuestión. Pero, ¿cómo podría afirmarlo quien no permanece de la mano del Pastor, que no escucha su voz? *Escuchar* su palabra, *crear* su palabra y *guardar* su palabra, es lo que caracteriza al verdadero discípulo de Jesús. La conversión y la

conducta cristiana, que a veces se separan de forma un tanto teórica, no pueden separarse en la realidad. Alguien que afirmaría caminar a su antojo mientras dice que está convertido, no solo se expone al riesgo de que los demás duden de su conversión, sino también a perder la certeza de la misma. No hay gozo ni seguridad en tal camino, el amor por Cristo no se encuentra en él, y el amor de Cristo no puede ser disfrutado en él. «El que tiene mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama; y el que me ama será amado por mi Padre y yo le amaré y me manifestaré a él» ([Juan 14:21](#)). No puede haber promesa más preciosa, ni más sencilla. Pero «Mirad que no rechacéis al que habla» ([Hebr. 12:25](#)).